

# Mónica Lavín

## Trazos eróticos de amor desesperado

Leda Rendón

Existen pocas escritoras como Mónica Lavín a las que el conocimiento en todas sus facetas les apasiona. Bióloga de carrera, escritora y periodista de profesión que nos regala su voz desde hace ya algunos años en la frecuencia del 107.9 del IMER y nos deleita con sus relatos entre los que destacan: *Ruby Tuesday no ha muerto* con el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen, *Tonada de un viejo amor* y *Café cortado* por el que en el 2001 recibió el Premio Narrativa de Colima para obra publicada. Su más reciente novela es un libro carnal, voluptuoso y sensual, que se encuentra en el límite de lo erótico y lo pornográfico, haciéndole honor a su título *Hotel Limbo*. El sadomasoquismo en su grado más sublime se encuentra presente como en *El retrato de Dorian Gray* y complementa el espectro de narraciones eróticas que se han escrito en nuestro país.

El libro transcurre en la habitación 301 del *Hotel Limbo*, donde la imaginación y la realidad se mezclan. Los lugares de la narración son nichos amatorios, una mujer desnuda está modelando para un artista que la posee a través de la pintura. El virtuoso se adueña de sus recovecos y de su alma. En culturas antiguas se pensaba que una fotografía o un retrato podía despojar al individuo de su alma. Sara, la heroína de la novela nos indica, el escondite de la suya:

“¿Usted sabe dónde está el alma? Yo la tengo muy cerca del pubis, es triangular y húmeda, oscura y sola. Y tiene sed. Hay quien tiene el alma en la cabeza, otros en los ojos. Yo he dejado que se hunda muy abajo en mi cuerpo”.<sup>1</sup>

Ya *El retrato de Dorian Gray* tocó magistralmente el tema de la migración del alma

a una pintura y Mónica Lavín lo retoma dándole un sesgo femenino centrándose en las obsesiones del pintor.

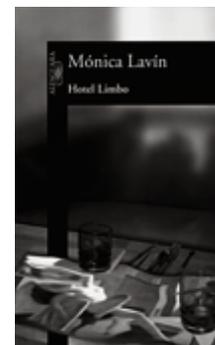
El acto erótico en la literatura se da por la imposibilidad o dificultad de obtener al ser deseado o por la transgresión de lo establecido. Sin estos dos ingredientes, el sexo parece no tener ningún sentido en una narración, aunque nunca se consume. Existen numerosos relatos en donde el erotismo está presente, pienso en *Lolita* de Vladimir Nabokov, en las *Justines* del Marqués de Sade y de Lawrence Durrell, en *La historia de O* de Poline Réage y en *Las mil y una noches*. Y sobre todo evoco a la literatura erótica que se ha escrito en nuestro país: conjuro a Juan García Ponce y su libro *Inmaculada*, uno de nuestros escritores canónicos; a Huberto Batis, erotómano de profesión; a Andrés de Luna cuyos ensayos, bajo el seudónimo de Andreas der Mond, establecieron el repertorio de nuestras aficiones eróticas; a los relatos casi pornográficos de Mauricio Molina, y al fetichismo gozoso de Margo Glantz. Y descubro con agrado que *Hotel Limbo* de Mónica Lavín arranca tantas humedades que hay momentos en que es necesario dejar de leer su novela para evocar de manera detallada las escenas que se imagina Sara su personaje principal. Y sobre todo, hay que tomarse un respiro para disfrutar a plenitud las descripciones o historias de algunos cuadros canónicos del arte universal. Sería imposible imaginar a *Hotel Limbo* sin la descripción de cuadros como los de Boucher, Modigliani, Bonnard y Goya entre otros, a los que Mónica Lavín acude para hacer aún más placentera y voluptuosa la lectura de su novela.

Mucho se ha escrito acerca de nuestra sexualidad polimorfa, plagada de elementos extraños, de aquello que no nos atrevemos a nombrar, el cuerpo es esa palabra sin

forma llena de atavismos en la cultura mexicana. Se trata de jugar con el deseo del otro, una forma de comunión, como en la película *Ese oscuro objeto del deseo* de Luis Buñuel, que trastoca las leyes de la identidad. Para Mónica Lavín lo que llamamos sadomasoquismo es una práctica consensual y definitiva. *Hotel Limbo* es una novela gozosamente sadomasoquista, en donde la espera, el deseo insatisfecho y el abandono son fundamentales para su construcción. La perversión radica en que el deseo no se cumpla, porque el placer está allí, como un amor adolescente que se regodea en ese oscuro sufrimiento, en esa absurda espera, en la prolongación del instante. En *Hotel Limbo* el deseo penetra por los ojos y se materializa en la pintura, que no es más que la posesión. Mirar es poseer.

Hay quien dice que lo mejor del amor es el deseo que se prolonga a través de la espera, lo mejor del sexo es cuando el clímax está a punto de llegar, no el orgasmo mismo. Lo importante es el deseo y el deseo impregna la novela de Mónica Lavín, el deseo en sus diversas facetas nos lleva de la mano en la excelentemente bien narrada novela de Mónica. La espera e insatisfacción dejan pleno y satisfecho al lector que se adentra en sus páginas.

Termino diciendo que esta novela es para todo aquel que guste de las novelas eróticas, en sus páginas uno no solamente ve a los personajes, sino que descubre su propio ímpetu y alimenta su imaginación amoratoria. En la narración la modelo desnuda adquiere un nuevo rubro, con su inmovilidad lo da todo, incluso su alma que está reservada para placeres mayores de seducción sin movimiento. *Hotel Limbo* es una lectura necesaria para quien busque adentrarse en los misterios del deseo. [U]



<sup>1</sup> Mónica Lavín, *Hotel Limbo*, Alfaguara, México, 232 pp.